UNA ESTRELLA EN EL HORIZONTE



B. BORDOY BARCELÓ

Una estrella en el horizonte

B. Bordoy Barceló



Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, físico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del autor y del editor. Todos los derechos reservados.

Una estrella en el horizonte
B. Bordoy Barceló
Portada e ilustraciones interiores: B. Bordoy Barceló

Las ilustraciones se han generado con Midjourney y programas tradicionales de creación de imágenes. No se han usado personas reales o artistas como parte de los indicadores a la hora de generar las imágenes.

Todas las imágenes han sido generadas con una licencia comercial.

1. Un nuevo día en Uzhar

Un agudo y rítmico sonido resonó en la silenciosa habitación y atravesó la adormilada mente de Akion, quien, con una queja incomprensible, lanzó su mano contra el culpable de aquel horrible estruendo. Con un movimiento mecánico, de sobra ya conocido, lo apagó y miró, no sin cierta dificultad, la banda horaria que había colocada en la pared.

—¡Mierda! —Una descarga eléctrica recorrió todo su cuerpo, levantándole de la cama de un salto. Agarró los pantalones que había tirados sobre la mesa, de un color grisáceo y con dos bandas reflectantes en los bajos, y se apresuró a ponérselos—. ¿Y la primera alarma? ¿Por qué no ha sonado la primera alarma?

La pregunta se desvaneció en el aire mientras se acercaba a la pila de ropa que tenía sobre lo que antes había sido una silla y olía la camiseta que había arriba del todo. Arrugó la nariz y negó con la cabeza antes de lanzarla al suelo y tomar otra, repitiendo aquella estrategia de higiene. Tras juzgarla durante un momento, hizo una mueca de indiferencia y continuó con la búsqueda de sus prendas. Encontró un calcetín junto al despertador que acababa de apagar; el otro, lo rescató de entre las sábanas. Se sentó de nuevo en la cama y se los colocó antes de atarse las botas de seguridad, ignorando la vocecita de su cabeza que le pedía que volviera a echarse y olvidara todo lo demás.

Con un impulso y dos sonoros pasos llegó a la minúscula cocina donde cogió uno de los bollos que había empaquetados sobre la pequeña nevera y se lo llevó a la boca mientras salía por la puerta. Esta aún no se había cerrado cuando volvió a deslizarse hacia un lado, permitiéndole agarrar la chaqueta de trabajo; de un color naranja desgastado, con varias tiras reflectantes tanto en mangas como en pecho y espalda y el símbolo de la estación Uzhar bordado en la parte superior izquierda.

"*Con un poco de suerte aún puedo llegar a tiempo*" se azuzó mientras engullía aquel frugal desayuno y aceleraba el paso en dirección a la terminal, situada en la zona central de su cubierta y desde donde podría tomar un ascensor para llegar al Hangar Tres.

No tardó en descubrir que Uzhar ya había despertado. Los comercios que daban a la plaza ya habían abierto sus puertas y ahora encendían sus carteles para avisar a todos los habitantes de la Estación que ya estaban preparados para atenderles.

Akion avanzó con determinación, haciendo caso omiso de aquellos estímulos y abriéndose paso entre los mendes; una de las cientos de razas pertenecientes al Gobierno Galáctico y descendientes de una especie felina. Estos poseían un grueso pelaje y una pequeña cola, vestigio de sus antepasados menos evolucionados. Sus grandes orejas, coronadas por un penacho oscuro, marcaban aún más las afiladas facciones de aquellas criaturas. Además de eso, los varones llevaban y cuidaban con reverencia unas patillas tupidas que usaban como enseña de virilidad y de estatus social frente al resto. Las hembras, en cambio, se dedicaban en gran medida a teñir e igualar los diferentes patrones de color que tenían a lo largo de su pelaje y que era una seña única de identidad.

—¡Un momento! ¡Esperadme! —Gritó el joven, tratando de hacerse oír sobre el alboroto general del edificio y llamar la atención al grupo que acababa de parar uno de aquellos ascensores. Akion corrió con todas sus fuerzas pero, justo cuando estaba a punto

de alcanzarlo, la señal de precaución resonó a su alrededor y las puertas se cerraron frente a sus narices. Al otro lado, unas pupilas rasgadas se posaron sobre él antes de que una mueca de superioridad apareciera en el rostro de aquel mendes—. Sí, tú ríete, ríete… ¡Cabrón!



Akion observó a través de la cristalera de las oficinas de Abastecimiento y Suministros cómo el Hangar Tres comenzaba un nuevo turno. Vio despegar las primeras naves de la jornada, dispuestas a continuar su ruta, mientras otras descendían en las plataformas indicadas por la torre de control, situada en el techo del hangar y desde donde podían observar todo el ajetreo del lugar. Distinguió a algunos de sus compañeros de profesión, operarios y mecánicos moviéndose entre aquellos vehículos en una coreografía perfectamente dirigida.

—Llegas tarde, humano —anunció una voz grave desde su derecha. El joven se volvió y bajó la vista para toparse con un mendes que, vestido con el mismo uniforme de trabajo que él, le miraba con desazón. Aunque aquella criatura solo le llegaba al ombligo, era

duro como una roca. Nunca, en sus siete años que hacía que lo conocía y que habían comenzado a trabajar juntos, había conseguido ganarle un pulso. Por eso evitó reírse de él al ver cómo la ropa nueva, que había recibido el día anterior, parecía estar a punto de reventar por culpa del tupido pelaje anaranjado que poseía.

—Lo sé, Poddoc, lo siento. Ficho, cojo el equipo y estoy listo.

—No será necesario —indicó este, levantando la tableta digital y las dos tarjetas identificativas que llevaba en la mano izquierda—. Ya he fichado por ti.

—¡Gracias, te debo una!

—Ya no sé cuántas me debes, humano. Habrá un día que me cansaré y no solo no volveré a ayudarte, si no que voy a cobrarme todos los favores que te he hecho hasta ahora. Y ese día, ni el Gobierno Galáctico, ni vuestro Cuerpo de Protección, podrán protegerte —amenazó, mirándolo con extrema seriedad antes de que sus bigotes se contrajeran y una débil carcajada rompiera la tensión del momento, consiguiendo que el joven también se relajara—. Venga, no perdamos más tiempo y pongámonos en marcha. Los clientes esperan.

—No sé si voy a poder, Poddoc. Tengo mucho sueño —anunció con picardía, tomando la tableta que le ofrecía y revisando el aviso que aparecía en el apartado de pedidos—. Tanto que no sé si esto es un uno o un siete.

—Te voy a dar yo sueño… Si dejaras de trasnochar los días en los que te toca turno de mañana, esto no te pasaría —capituló este, acercándose a la salida de las oficinas y tomando de la estantería su protector auditivo y el sistema de comunicación. Tras colocárselo y comprobar que Akion había hecho lo mismo, abrió la puerta que conducía al interior del hangar. El fuerte estruendo de los motores, de la maquinaria y de las voces que restallaban en los altavoces les golpeó con fuerza. Poddoc activó la cancelación de ruido y dejó que solo aquellas voces continuaran avisándole de lo que sucedía a su alrededor—. ¿Me oyes?

—Perfectamente —indicó el humano, levantando el pulgar antes de seguirle. El mendes no tardó en elegir una de las vagonetas cerradas que había colocadas en fila y que tenían varias señales de contaminación química y radiactividad pegadas a cada lado—. Si no trasnocho un poco, ¿qué me queda? —Preguntó mientras el mendes metía el contendor en la estación de abastecimiento. Akion introdujo la identificación en el panel de control y marcó una cantidad en el dispositivo. Una luz estroboscópica se encendió indicando que la orden había sido aceptada. El compartimento se cerró por completo y decenas de ruidos metálicos indicaron que el proceso de carga estaba en marcha—. Entre esto y ayudar a Rappol en el taller no es que me queda mucho tiempo libre. ¿Cómo voy a conocer una chica si estoy trabajando todo el día?

—Pobre la mujer que un día tenga que aguantarte —sentenció Poddoc con diversión antes de que una luz verde y un pitido indicaran que la operación se había completado. El humano retiró la identificación y la compuerta se abrió permitiendo que su compañero activara el sistema de suspensión y tirara de la vagoneta—. Además, estoy seguro de que estabas mirando naves y no mujeres.

—Es la plataforma te veintidós —indicó Akion tras revisar de nuevo los datos de la tableta—. ¿Tú qué sabes qué estaba haciendo? Como si te lo fuera a decir.

—No es necesario que me lo digas. Lo sé perfectamente. Deberías olvidarte ya de todo el tema. Nunca vas a conseguir una. Eres tan pobre como yo. Y, además, eres humano. Eso te complica aún más las cosas. Dudo que algún banco quisiera concederte un crédito. Al fin y al cabo ni siquiera sois miembros del Gobierno Galáctico, solo unos refugiados más dentro de nuestras fronteras que no tienen ni un planeta donde vivir —concluyó este con contundencia; sabiendo que, a pesar de sus palabras, no iba a ofenderse, ni a cambiar de opinión. Le conocía demasiado bien. Lo único que podía llegar a conseguir era que dejara de hablar del tema y se centrara en el trabajo durante un tiempo. Aunque aquellos intervalos se hacían cada vez más cortos—. Ahora en serio, deberías dejar ese sueño imposible y centrarte en lo que tienes delante.

—¿En la nave de delante, dices? No, esa no es. Nuestro cliente está un poco más lejos —contraatacó con vehemencia antes de saludar al técnico que revisaba el tren de aterrizaje de aquel vehículo.

—Serás… —escupió este, empujando la vagoneta para golpearle los talones, haciéndole trastrabillar por un momento. Akion le miró con una sonrisa victoriosa al haberle hecho reaccionar de aquella manera—. Sabes de sobra que me refiero a que si te pusieras las pilas podrías ascender en este trabajo o podrías coger la empresa de Rappol cuando se jubilara. Que no le deben quedar muchos años para eso.

»Tienes que aceptar que nosotros nunca podremos permitirnos grandes sueños. Una nave, huir de Uzhar o montar nuestro propio negocio... Eso es para otros, no para nosotros.

—Ya hemos llegado —anunció el humano, haciendo caso omiso de aquella lección que le quería dar su compañero. Lección que estaba cansado de escuchar y que solo le recordaba lo penosa que era su vida y el poco futuro que iba a tener en aquella estación espacial. Estación de la que era casi imposible escapar. El joven miró con pesadumbre el interior de la bodega de carga que tenían delante. Estaba completamente vacía. Revisó de nuevo su tableta y comprobó que la nave era la correcta—. ¿¡Hola!? Traemos el cargamento de alinum que han solicitado.

—¡Estoy en la cabina! ¡Ahora salgo!

Akion le hizo una señal al mendes y los dos empujaron el contenedor hasta subirlo al transporte. Fue mientras volvían a asegurarlo que apareció un balnir procedente del interior. Las púas óseas que recubrían su cabeza brillaban con la luz mortecina de los focos y su tez azulada se fundía con las oscuras paredes de la cubierta.

—Menos mal que ya estáis aquí. Me estaba preocupando. En media hora llegará mi cargamento —explicó el balnir, dejando entrever sus característicos incisivos mientras revisaba la hora en su muñequera digital—. Así que no tenemos mucho tiempo antes de que esto se transforme en un caos de contendores, cajas y transportistas.

—¿Es usted el señor Oner Barlix? —Preguntó Akion comprobando el nombre para no equivocarse, siguiendo el protocolo y dejando de lado la urgencia del cliente—. ¿Usted ha pedido cien unidades de alinum?

—Sí, sí, soy yo. Y esa es la cantidad, ¿podéis poneros ya a trabajar?

—Aquí indica que la carga tiene que ser desde el interior. Por lo que si nos dice dónde tiene el alimentador nos pondremos ya mismo con el repostaje.

—¡Perfecto! Aunque… —El balnir estudió a los dos trabajadores y luego a la vagoneta metálica—. Creo que el acceso es más estrecho que vuestro contenedor. Me pasa en bastantes estaciones.

—Entonces eso nos llevará un poco más de tiempo. Tendremos que hacerlo manualmente —explicó el humano al tiempo que oía a Poddoc soltar una maldición por lo bajo.

—Voy a ir a por los trajes de protección —indicó el mendes, dándose la vuelta y descendiendo de la nave mientras negaba con la cabeza—. La primera nave del día y ya tenemos que cargarla a mano.

—Disculpe a mi compañero —pidió Akion al ver que el cliente había oído aquel último comentario—. Es algo que nos encontramos en muchas de las naves que no poseen sistemas de carga externos. Los ingenieros siempre se preocupan más por el espacio interior que en la facilidad del repostaje. Y eso hace que nuestro trabajo sea más lento y caro. Sin contar con el aumento de peligrosidad de la operación —indicó, revisando con curiosidad la bodega de carga antes de centrarse en el balnir, que le escuchaba atentamente—. Pero no podemos hacer otra cosa. Así que, si le parece bien, puede enseñarme donde se encuentra el sistema de repostaje y me pondré ya a trabajar.

—¿A dónde crees que irá? —Preguntó Akion a través del comunicador del traje de protección. Con cuidado, tomó una caja transparente en la que había cinco esferas de alinum, no más grandes que su puño y de un color oscuro y brillante. A continuación, con suavidad y midiendo sus pasos, la llevó hasta donde estaba Poddoc. Este, siguiendo con el proceso, la tomó e insertó cada una de las esferas en el alimentador.

—Ya estás haciendo preguntas que no importan en absoluto. Céntrate en el alinum, humano. No me gustaría acabar en el hospital —gruñó el mendes, cerrando el equipo y abriendo el sello interior para que el sistema se hiciera cargo del combustible. Un instante después se oyó de nuevo un chasquido y una luz piloto se encendió, permitiéndole abrir de nuevo la compuerta y seguir repostando la nave.

—No puedo evitarlo. Es deformación profesional —respondió el humano antes de revisar los niveles de radiación y comprobando que todo estaba bien.

—No, no lo es. Debes llamarlo por el nombre que le corresponde. Obsesión. Siempre que entramos en una nave le echas un vistazo de arriba abajo y comentas algo de su diseño, de su carga, de los viajes que ha hecho o los que hará —replicó este, tomando un nuevo receptáculo y vaciándolo nuevamente en el sistema—. A mí me da igual. Me importa muy poco lo que hacen o dejan de hacer. Yo solo sé que esta nave es una mierda. Sin alimentador exterior y sin espacio interior para el repostaje. ¡Estoy harto de estos diseños! ¿Qué les costará hacer las cosas bien?

—Seguramente, muchos créditos. Aunque a mí también me ha sorprendido. Esta nave no es muy vieja. Tendrá cuarenta o cincuenta años y, aun así, no tiene sistema de repostaje exterior. Además, este pasillo me parece extraño. Debería ser más grande si sigue el diseño de la bodega de carga. —De pronto una idea inundó su mente, haciéndole detenerse un momento—. A no ser…

—¿Qué? —Preguntó Poddoc, volviéndose para mirar al joven, que parecía perdido en sus pensamientos—. ¿A no ser que qué?

—Nada, da igual. Era una tontería. Este es el último —comentó, tratando de quitarle hierro al asunto y colocando la caja en el suelo antes de mirar con renovado interés aquel corredor.

—¿El último? ¡Menos mal! Ya estaba empezando a asarme aquí dentro. Deberíamos pedir que nos mejoren los sistemas de refrigeración de estos malditos trajes. —Se quejó antes de comprobar los niveles y el estado del ambiente tras haber cerrado todo el sistema. Con satisfacción, se quitó el casco e inspiró con fuerza—. Recojamos todo, quitémonos esto y cobremos.

—Sí, yo me encargaré del cliente.

Akion, que ya volvía a vestir el uniforme de trabajo, se acercó a Oner Barlix, quien ahora revisaba lo que parecía ser un manifiesto de carga.

—Ya hemos terminado el repostaje. Si es tan amable de firmar y formalizar el pago. —El humano le tendió su tableta con los datos y el importe a pagar. El balnir lo revisó por un momento antes de pasar por debajo del lector la muñequera identificativa. Insertó un código en aquel dispositivo y un ligero pitido resonó en la cubierta, indicando, tal y como también aparecía en la pantalla, que el pago se había efectuado—. Perfecto. Con esto hemos acabado. Que tenga un buen vuelo.

—Muchas gracias por todo. Adiós.

—Antes de irme… —Indicó el joven, tomando la tableta entre sus manos y colocándosela a la espalda de manera inocente, llamando la atención de su interlocutor—. No he podido evitar fijarme en su nave. Y, aunque me gusta su diseño, hay algo que no termina de encajarme.

—¿Cómo? ¿El qué?

—La nave es bastante nueva. Me parece raro que no posea un sistema de alimentación exterior. Sin contar que luego la distribución interior no está bien. Diría que se ha hecho algún tipo de reforma en toda la zona de repostaje —explicó este sin dejar de sonreír y estudiando la reacción del balnir.

Akion comprobó que había acertado pues vio una oleada de sorpresa y terror recorrer su rostro al escuchar aquel comentario. Aunque este trató de recuperarse y aparentar una completa normalidad, ya era demasiado tarde. "*Ya sabía yo que había algo oculto en el mamparo del pasillo. Seguramente será algún tipo de compartimento oculto para el contrabando. Y seguro que la nave también tiene un sistema de alimentación exterior pero lo habrá anulado para tener más espacio útil. Todo preparado para desmontarlo en caso de que tenga algún registro o para realizar las revisiones periódicas de la nave. Eso sería lo más inteligente. Aunque este tío no parece muy profesional si se ha puesto así solo al mencionar lo de la reforma"* se dijo, estudiándolo de nuevo de arriba abajo. "*Mejor, así todo será más fácil*".

—No, no lo sé. No me fijé cuando la compré. Y, la verdad, me da bastante igual. Mientras me lleve de un lado para otro y me permita hacer mis negocios…

—Claro, claro. Es normal. Es lo que uno quiere de las naves. Que los lleven de acá para allá sin problemas. ¿De verdad que no tiene curiosidad en saber un poco más sobre ella?

—No, en absoluto. Y ahora no es el momento de pensar en eso. Si me disculpa, los transportistas están a punto de llegar y necesitaré centrarme en la carga —respondió el balnir, tratando de cerrar aquel tema de una vez por todas y de echar a aquel molesto humano de su bodega. Pero este no parecía estar dispuesto a dejarle en paz.

—Cierto, los transportistas. Perdone, es que cuando veo alguna curiosidad de estas me cuesta mucho quitármela de la cabeza. ¿Sabe lo que podemos hacer? Tengo a unos amigos en aduanas a los que también les gustan tanto las naves y sus diseños como a mí. ¿Qué le parece si les aviso? Seguro que ellos la revisarán encantados. Son muy buenos y lo harán en un momento. Así, mientras ellos usan sus escáneres, usted podrá seguir encargándose de la bodega y del cargamento.

El silencio se adueñó de la cubierta mientras ambos se miraban a los ojos, midiéndose. Finalmente, Oner Barlix suspiró con resignación, comprendiendo que estaba entre la espada y la pared y aceptando que de allí solo podía salir de una manera.

—Creo que lo que necesita es tomarse un descanso y dejar de darle vueltas a esa cabeza suya. Le recomiendo disfrutar de una buena cena y de un par de cervezas en un restaurante decente. ¿No cree?

—Para empezar estaría bien, sí. Pero mi mente es muy revoltosa. Una copa tras la cena para terminar de relajarme iría de perlas. Y bueno, ya sabe lo que dicen, a pesar de todos esos placeres uno nunca puede ser feliz si no disfruta de una buena compañía. Así que, para relajarme y olvidarme de un duro día de trabajo como el de hoy, siempre cuento con mi socio, que ahora estará esperándome ahí abajo.

—Claro, su socio… —repitió este, abatido, sabiendo que había perdido un buen puñado de créditos ante aquel humano cotilla y que, sabiéndose vencedor, no paraba de sonreír.

Poddoc levantó la vista al notar el fuerte retumbar de unos pasos descendiendo por la rampa de carga. Akion se acercaba a su compañero eufórico.

—¿Por qué has tardado tanto? Llevo más de cinco minutos aquí, esperando. ¿No quería pagar o qué?

—Digamos que estaba recogiendo nuestra propina por un trabajo bien hecho. —El joven lanzó al aire una pequeña pieza de metal, que destelleó con las luces del hangar, antes de atraparla de nuevo al vuelo—. ¿Qué me dices ahora acerca de mi supuesta obsesión?

—Nada de supuesta. Lo es y no hay margen de duda. Aunque eso no significa que de tanto en cuanto nos sea de utilidad. Si no la tuvieras no habrías visto que había algo raro en la nave —capituló Poddoc a regañadientes, pues odiaba tener que darle parte de la razón tras haber discutido sobre aquel mismo tema poco antes—. Pero una cosa no quita la otra, ¿me oyes? Que ya te estoy viendo.

—No sé a qué te refieres —respondió este con malicia mientras se guardaba aquel pago en el pantalón de trabajo.

—Vaya día me espera… —bufó este, llevándose una mano al cuello y acicalándose las largas patillas, características de su raza, que ahora colgaban sobre su uniforme—. Al menos hemos conseguido dinero para pagar las rondas de un par de días en la taberna. ¿Qué te parece si nos tomamos las primeras esta noche?

—Lo siento, esta noche no podrá ser. Hoy es el cumpleaños de mi padre. Así que cuando termine donde Rappol iré a cenar con ellos. Mejor mañana.

—Te tomo la palabra, humano. Y ni se te ocurra gastártelo sin mí —amenazó Poddoc al tiempo que la tableta digital se iluminaba y lanzaba un pitido al aire. Akion bajó la vista para revisarla—. ¡Eso seguro que es un nuevo pedido! Vayamos a cargar el contenedor y sigamos con nuestro trabajo.

2. Amenazas y motores

Akion avanzaba a través del área comercial que rodeaba el Hangar Tres. Ahí uno podía encontrar desde extravagantes tiendas de suvenires hasta empresas de construcción y reparación de naves espaciales, vehículos terrestres y todo tipo de maquinaria pesada. También se podían encontrar varias sociedades de alquiler y venta de herramientas profesionales donde comprar todo tipo de sensores, equipos de control, armas, municiones y algunos sistemas defensivos. Los supermercados que había a lo largo de la cubierta no solo ofrecían los productos fabricados o cultivados en Uzhar, si no también procedentes de todo el sistema estelar así como otros aún más exóticos de más allá de las estrellas; aunque uno debía estar dispuesto a pagar una buena suma por ellos. Por esa misma razón, el transporte de mercancías era otro de los negocios más importantes de la Uzhar, pues se encargaba de suministrar todo lo que, de otra manera, sería imposible conseguir.

El joven suspiró con pesadez. Estaba agotado. Los últimos repostajes habían sido tediosos y los clientes no habían ayudado a hacerlos más llevaderos. Y, para más inri, su estómago gruñía con furia. El rancho del mediodía había sido intragable, tirando su bandeja casi tal y como la había recogido. "*Al menos nos hemos llevado un extra por el trabajo de hoy*" se consoló, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón y acariciando la pieza de metal que le había dado el balnir.

Mientras repasaba las naves que había estado repostando aquel día, llegó a su destino. El desvencijado rótulo que decía: Taller Hulz, le dio la bienvenida. Eran muchas las veces que le había dicho a Rappol que debían renovar aquel cartel, pero este siempre hacía oídos sordos y se escudaba en que así no tenía que preocuparse de los "buenos clientes".

—Ya estoy aquí —saludó Akion, fatigado, dejando que una ligera melodía resonara en el interior de la tienda mientras la puerta se abría.

—Vaya tono, muchacho. ¿Un mal día?

Rappol apareció desde detrás de una de las estanterías repletas de piezas de calibración para los sistemas de estabilidad y se quedó mirando al humano. Su pelaje clareaba en algunas zonas y había perdido brillo, signo habitual de una edad avanzada en aquella raza; aunque también podía deberse a los diferentes accidentes que había sufrido y que le había contado en alguna que otra ocasión a lo largo de los tres años que hacía que trabajaba con él. El último de ellos había sido hacía poco más de uno, cuando un sistema de refrigeración de alta presión explotó frente a él, dejándole una bonita cicatriz que cruzaba su hocico de lado a lado.

El mendes siempre vestía un mono de color añil con el logotipo del taller en el pecho y espalda. Para completar aquel uniforme de trabajo portaba unas gafas de protección sobre la cabeza que conseguían aplastarle el pelaje y hacer destacar aún más las grandes orejas que tenía, ribeteadas con un mechón de pelo oscuro y algo quemado en las puntas.

—Un poco duro. Los últimos pedidos no han ido muy bien. ¡Estoy harto de las naves antiguas!

—¿Cómo? ¡Si esas son las que nos dan de comer! —Rio Rappol, volviendo hacia la zona del mostrador mientras el joven lo seguía de cerca—. Tú piensa en qué haríamos si no tuviéramos esas naves para reparar. Tendríamos que cerrar el negocio y cambiar de profesión. ¿Quién sabe? A lo mejor podríamos abrir una floristería como los esnobs esos del sector Dolep. Aún sigo sin creerme que ese negocio tenga éxito en esta Estación.

—Al menos sería más fácil quitarse la tierra de encima que el aceite de las manos —replicó el humano con diversión ante aquella idea.

—Bien visto, Akion. Bien visto —comentó este, complacido, activando el ordenador del mostrador para revisar la hora—. Te estaba esperando para irme. He quedado en el Hangar para revisar un reciclador de aire. ¿Te haces cargo de la tienda?

—Claro, sin problema. Yo me pondré con el sistema de contención del motor. Creo que hoy lo terminaré y podremos probarlo.

—Pues ni se te ocurra encenderlo hasta que yo esté aquí. ¡No me lo quiero perder! —Exclamó con energía, consiguiendo que el joven asintiera con complicidad—. Muy bien. Recojo el equipo y me marcho.

Akion se despidió de Rappol y se dirigió a la trastienda, donde se encontraba el verdadero taller. Por un momento se paró para contemplarlo. Los paneles colocados en las paredes y que debían contener las herramientas estaban mayormente vacíos y su contenido repartido entre las diversas mesas metálicas que había desperdigadas por todo el lugar. Estas no solo estaban repletas por aquellos utensilios, si no también por otras máquinas, equipos de primera y segunda mano y alguna que otra pieza desechada, construyendo un ecosistema diferente sobre cada una de aquellas piezas de mobiliario. Por otro lado, el suelo estaba lleno de suciedad, polvo, limaduras de metal, manchas de aceite, pintura y otros productos químicos que se disputaban cada centühn de aquella superficie. Sabía que la mayoría habría juzgado aquel espacio como un caos absoluto y nunca más habrían querido volver a pisarlo. Pero, para él, era un lugar hermoso en el que todo estaba donde debía estar y ordenado según sus necesidades.

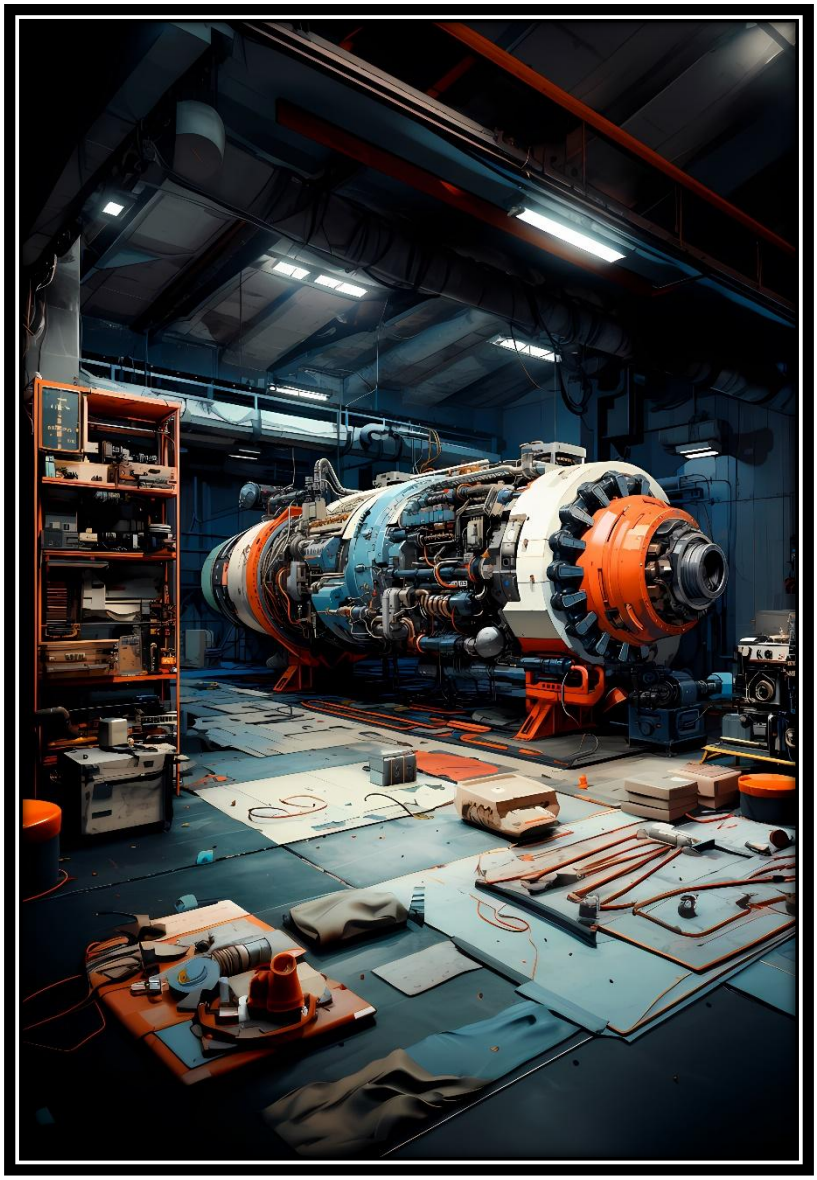
El joven caminó hasta el extremo del taller donde le esperaba aquel motor, parcialmente desmontado. Desde el momento en que lo vio en el desguace quiso hacerse cargo de su recuperación. Era un proyecto complicado, tal y como le había hecho saber Rappol tras revisarlo. Aun así, le había permitido llevárselo y trabajar en él.

El personal del desguace les había hecho un precio irrisorio por aquella pieza pues, tal y como les habían dicho: “es solo chatarra y no vale ni el tiempo necesario para desmontarlo”. Desoyendo aquellos comentarios, Akion se había puesto manos a la obra, trabajando en él cuando Rappol no le necesitaba o tenía algún momento libre. Fue a medida que iba sustituyendo las piezas dañadas por otras nuevas o de segunda mano que el mendes le pidió que se centrara en el motor, pues vio que si lo conseguía reparar podrían llevarse un buen margen al venderlo.

Revisó con interés el sistema de contención que había en el suelo, junto al propulsor. Se trataba de un sinfín de tubos y circuitos conductores que debían colocarse alrededor de aquella esfera para confinar la reacción nuclear que se producía en su interior y que tenía la magnitud de una gigante roja. Energía necesaria no solo para la propulsión de la nave, si no también para la realización del salto hiperespacial.

Llevaba dos semanas montando, desmontando y volviendo a montar aquel corazón metálico pues, cada vez que hacían una prueba, algo fallaba. Y, aunque intentaba verlo con perspectiva, pues era la primera vez que hacía algo como aquello, los continuos errores minaban poco a poco su confianza, provocándole un sinfín de pesadillas y alguna que otra noche en vela. A pesar de eso, no pensaba darse por vencido. Se había prometido hacerlo funcionar.

Akion cogió el primer trozo de circuito que ya conocía tan bien y se puso a trabajar.



La melodía de la puerta principal resonó en el interior del taller y sobresaltó a Akion, que estaba completamente ensimismado con aquel motor. Levantó la mirada hacia la banda horaria que había colocada encima del portal de entrada. "*No puede ser, ¿ya es tan tarde?*" Sorprendido, al ver que ya hacía cuatro horas que se había puesto a trabajar. El joven agarró con urgencia un trapo de una de las mesas y, tras buscar durante un momento una parte más o menos blanca, se limpió las manos. Al salir de la trastienda Akion

reconoció al mendes que le esperaba junto al mostrador; se trataba de un antiguo cliente al que Rappol le había reparado su nave hacía un par de meses.

—Buenas tardes, me alegra verle de nuevo. Dígame, ¿qué desea?

—He venido a hablar con Rappol —respondió este con sequedad, mirándolo con desprecio.

—Lo siento, no está aquí —respondió Akion, tratando de ignorar la hostilidad del cliente y siendo lo más cortés posible—. En estos momentos está trabajando en el Hangar. Si quiere intentar llamarlo. O, si lo prefiere, dígame un número en el que podamos localizarlo y, en cuanto vuelva, le daré su mensaje.

—Necesito hablar con él, ahora. Tu jefe me instaló un sistema de climatización defectuoso que casi me mata. —La voz de aquel mendes fue aumentando a medida que hablaba, rememorando lo que le había sucedido y dejando que la rabia le controlara—. Me da igual donde esté, quiero que venga aquí, inmediatamente.

—Intentaré llamarle a ver si está disponible y podemos organizar una visita a la nave y comprobar el problema —explicó el joven tratando de apaciguarle mientras tomaba el teléfono y revisaba la agenda para contactar con Rappol.

—¿Comprobar? ¿Cómo que comprobar? —Preguntó iracundo al tiempo que su pelaje se erizaba por momentos—. ¿Crees que estoy mintiendo? ¿Crees que me he inventado que casi muero de frío en el espacio por vuestra culpa?

—No, lo siento, yo no pretendía —trató de defenderse Akion, que no veía posibilidad de tranquilizar al mendes y que lo único que conseguía era enfurecerlo todavía más—. Yo me refería a…

—¡Ya sé a lo que te referías! —Gritó este, interrumpiéndolo—. Estabas insinuando que ni siquiera sé usar mi nave. ¡¿Cómo te atreves a insultarme de esa manera?! ¡Maldito humano! No sé por qué Rappol da trabajo a una escoria como tú. Deberían echaros a todos de aquí. No sois más que una enfermedad que contamina nuestras vidas.

Akion notaba sus sienes palpitar y un calor sofocante invadir cada parte de su cuerpo a medida que aquel ser continuaba sus insultos, dejando de lado aquel problema técnico y transformándolo en un ataque personal contra él y su raza. Sabía que aquel mendes no estaba solo y que gran parte de los ciudadanos galácticos odiaban a los humanos. O, para ser más exactos, los consideraban una raza inferior. Una raza que no debería estar allí, entre ellos.

Eran una civilización de refugiados. Hacía casi setecientos años que habían tenido que abandonar su planeta natal y sus colonias para escapar de la destrucción total de su sistema solar ocasionado por el impacto de un gigantesco cuerpo celeste. Habían perdido gran parte de su pueblo, de su cultura, de su tecnología y sus conocimientos ni siquiera eran los necesarios para formar parte del Gobierno Galáctico; la comunidad económica y política más importante de Theia. Y, aun así, ahí estaban, desperdigados entre las estrellas para evitar que los mismos que debían cuidarlos no se aprovecharan de ellos. Eran muchos los que pensaban y esperaban que los humanos pagaran por las pequeñas muestras de caridad que recibían, la pérdida completa de la esperanza para su pueblo y el sufrimiento que vivían en una galaxia donde nadie les quería con una sonrisa, su servidumbre y una obediencia ciega.

El joven desvió la mirada hacia la barra de metal que había bajo el mostrador y que Rappol usaba en alguna ocasión para ahuyentar a los pequeños delincuentes que entraban en la tienda así como para asustar a algún que otro deudor.

"*Es muy mala idea. Si la cojo y le amenazo con ella todo se complicará aún más. Seguro que irá a denunciarme a las autoridades y me encerrarán a mí en vez de a él. Lo mejor sería llamarles y esperar a que vinieran. Puede que por el miedo de lo que le vayan a decir se vaya*" se aconsejó, mirando de nuevo al mendes quien, al no prestarle atención, se había movido hasta una de las estanterías de material y, con un rápido movimiento, lo lanzó todo al suelo. El sonido del metal chocando con el suelo fue atronador.

—¡Por fin tengo tu atención! —Exclamó el mendes con satisfacción—. Venga, humano de mierda, ¿qué vas a hacer ahora?

—Él no te hará nada, pero yo pienso arrancarte los bigotes uno a uno por destrozar mi tienda.

Aquellas palabras vinieron acompañadas de la ligera melodía que ahora sonaba para dar la bienvenida a su dueño. Los dos interlocutores dirigieron la mirada hacia la puerta para ver a Rappol entrar y apagar con un movimiento el auricular que llevaba en la oreja. Sorprendido, Akion revisó el teléfono y comprobó como la llamaba finalizaba. "*Con los nervios y la tensión debo haberlo llamado sin darme cuenta. Y está claro que ha escuchado la conversación*" se dijo mirando de nuevo a su patrón, que parecía haber crecido un palmo. Su pelaje estaba totalmente erizado y sus ojos, fríos y penetrantes, permanecían clavados sobre aquel mendes.

—¡A ti te quería ver, desgraciado! Te voy a… —Se interrumpió al ver cómo Rappol dejaba su caja de herramientas en el suelo con delicadeza, la abría y tomaba la llave de tubo más grande de todas, sopesándola con lentitud, de manera amenazadora.

—No te cortes, sigue, sigue, ¿qué ibas a decirme?

—Me… Me instalaste un sistema de climatización defectuoso. Por tu culpa casi muero en el espacio —explicó este, bajando el tono ligeramente al ver cómo el adversario que tenía delante no solo no se amedrentaba, si no que estaba listo para enfrentarse a él.

—¿Así que por fin te ha fallado? —Preguntó Rappol, divertido—. ¡Ya era hora! Te ha durado más de lo que esperaba. Ya te lo advertí en el momento en que hicimos la reparación. Debíamos sustituir todo el equipo o te arriesgabas a tener un fallo catastrófico. Fuiste tú quien me dijo que no querías pagar la reparación completa y que nos olvidáramos. ¿Y ahora te atreves a amenazarme a mí y a mi ayudante?

—Tú eras el responsable de la instalación y sabías que eso podía poner en riesgo mi vida y, aun así, no lo reparaste. Es un intento de asesinato. Estoy seguro de que los cuerpos de seguridad lo verán igual que yo. Te quitarán la licencia y esta mierda de taller. Y en cuanto a tu humano… —amenazó, volviéndose de nuevo para mirarle a los ojos—. Espero que lo lancen por una exclusa.

"¡*Qué hijo de puta!*" Gritó la mente de Akion, apretando los puños con fuerza y notando cómo se clavaba las uñas en la palma de la mano. A pesar de las ganas que tenía de saltar sobre el mostrador y arremeter contra él, no se movió. "*No puedo darle más motivos para que vaya a la seguridad de Uzhar. Si acude a ellos, estamos jodidos. Aunque*

nos dijo que no lo hiciéramos, nosotros tendríamos que habernos negado a arreglarlo. Tiene razón, éramos los responsables y deberíamos haberlo hecho. ¿Qué pasará ahora? ¿Qué pasará conmigo?" Se preguntó preocupado antes de mirar a Rappol en busca de ayuda. Para su sorpresa, este parecía extremadamente calmado a pesar de todas aquellas amenazas.

—Dime, ¿qué crees que dirán las autoridades cuando yo les enseñe los mensajes que tengo guardados en los que tú me indicas expresamente que no lo haga, desatendiendo los consejos del instalador? ¿O qué crees que dirán los de Hacienda cuando sepan cómo me pagaste el trabajo? Estoy seguro de que estarán encantados de revisar tus cuentas, porque me da a mí que mi reparación no será la única que habrás pagado de esta manera —recriminó Rappol con extrema tranquilidad, dando un paso hacia delante—. Si quieres, podemos jugar los dos. Yo caeré, pero tú también. Así que, dime, ¿qué quieres que hagamos? —Tomando por sorpresa al cliente y consiguiendo eliminar la sonrisa de prepotencia de su cara. Su cuerpo se desinfló ligeramente, demostrando que aquello no estaba en sus planes. Rappol, al ver su reacción, jugueteó con el arma durante un momento, dejando que los miedos que ahora inundaban su mente hicieran el resto del trabajo—. ¿Sabes lo que haremos? Te daré diez segundos para que salgas de mi tienda y tú y yo nos olvidaremos de este tema. Como si nunca hubiera pasado.

»Pero, si decides continuar con esto y hablar con las autoridades. Pienso hundirte conmigo. Y como sigas culpándome a mí por un error tuyo o vuelvas a amenazarme a mí, a mi negocio o a Akion, pienso abrirte la cabeza con esta llave. Así que, ¿qué quieres hacer? Te dejo elegir. ¿Seguimos discutiendo o te largas de mi vista?

Aquella pregunta se desvaneció en el aire sin que ninguno de los dos dijera nada más. "*Esa no te la esperabas, ¿verdad? Rappol también tenía guardado un as en la manga. Está claro que no se esperaba esa respuesta. ¿Qué hará ahora? ¿Se irá sin armar más jaleo o querrá presentar batalla? Porque si decide luchar y atacar a Rappol, no pienso quedarme de brazos cruzados*" concluyó Akion, observándolo y sintiendo cómo la tensión crecía por momentos. Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, el cliente agachó las orejas y pareció empequeñecer aún más, avanzando lentamente hacia la puerta en señal de sumisión.

—Y ni se te ocurra volver por aquí —soltó Rappol antes de que este terminara de salir y todo quedara nuevamente en silencio. El joven le vio moverse con lentitud hasta la caja de herramientas y depositar de nuevo aquella arma improvisada en su interior. A continuación, levantó la vista hacia él—. ¿Estás bien, Akion?

—Sí. Lo siento. No sabía cómo responder o tratar con él.

—Tranquilo, muchacho. Es normal. Este desgraciado solo quería pelea y le hemos dado su propia medicina —comentó, acercándose a los productos que había tirado y recogiéndolos. Akion salió de detrás del mostrador para ayudarle—. Menos mal que ya estaba de camino cuando me has llamado.

—No me he dado ni cuenta de lo que he hecho. Se ha puesto a insultarme a mí y a los míos, tenía el teléfono en la mano y, con el enfado, habré apretado el botón.

—Pues me alegro de que lo hayas hecho. Había que pararle los pies cuanto antes. Ahora no creo que nos vuelva a molestar. ¿No te parece?

—No, creo que lo has asustado bien. La verdad es que, por un momento, he pensado que ibas a atacarle con la llave.

—Si hubiera seguido, lo habría hecho. Nadie me amenaza en mi propia tienda. Habría forzado la situación para que él empezara y quedara registrado en las cámaras de seguridad. A partir de ahí habría tenido rienda suelta para darle una buena lección. Y por eso mismo se ha ido sin armar más jaleo, porque sabía que tenía las de perder.

"*Sí, puede que tuviera las de perder, pero al final se ha ido por el miedo de saber que tú ibas completamente en serio y que no habrías dudado en acabar con él"* se dijo Akion, mirando a su jefe, cuyo pelaje poco a poco iba retomando su posición natural.

—Cambiando de tema, ¿has terminado de montar el sistema de contención? ¿El motor está listo?

—Casi. He terminado de instalarlo todo, pero me falta media hora para tenerlo preparado —explicó el humano, recuperando la emoción por aquel proyecto y dejando de lado esos últimos momentos de tensión.

—Pues ve y termínalo. Yo voy a ponerme a hacer un par de cosas aquí delante, así que te dejo trabajar tranquilamente —indicó Rappol, mirándole y viendo como este asentía, preparándose para un nuevo asalto contra aquel monstruo de metal.

Akion tardó poco más del tiempo que había indicado en salir del taller y avisar a su jefe de que todo estaba listo para la prueba.

—¿Ya está? —Preguntó, dejando de lado los albaranes que estaba revisando.

—Sí. Le acabo de colocar una tira de ignición y lo he sellado.

—¡Pues veamos si funciona! —Exclamó el mendes con emoción, siguiendo al joven y topándose con una gigantesca caja transparente que encerraba al motor herméticamente—. ¿Lo has vuelto a meter tras los paneles de seguridad? Pensé que esta iba a ser la buena y que ya haríamos las pruebas fuera. ¿Aún no te fías de lo que has hecho?

—Ya no sé si fiarme. Esta será la cuarta vez que lo ponemos en marcha. Aunque el sistema de contención funcione ahora, puede que alguna otra cosa falle.

—Así me gusta, la seguridad ante todo, mejor evitar cualquier posible desgracia que luego tener que lamentarnos —asintió con convicción, contento ante la profesionalidad del joven—. ¿Ya tienes todos los sistemas conectados y registrando las lecturas? —Interrogó, revisando de un vistazo los dispositivos y la maraña de cables que se conectaba al ordenador incrustado en uno de aquellos paneles y desde el que emergían otro sin fin de cables que recorrían el motor de un lado a otro.

—Sí, está todo operativo, solo hay que iniciarlo —indicó el joven, agarrando el equipo de encendido a distancia que había dejado en una de las mesas.

—¡Entonces no perdamos más tiempo! ¡Enciéndelo ya!

—Muy bien. Iniciamos en tres. Dos. —"*Por favor, funciona*" rogó mentalmente mientras colocaba el pulgar sobre el botón de encendido, tanteándolo—. Uno…

Akion accionó el interruptor y el motor se encendió al instante, provocando que en todos los monitores de control aparecieran cascadas de números y gráficos. El sistema de

contención y el de refrigeración producían un fuerte zumbido que lo invadía todo y, de pronto, tal y como aquella bestia de metal había despertado, volvió a apagarse.

—¡No me lo creo! ¡Lo has conseguido, Akion! —Exclamó Rappol sin poder reprimir la euforia y el orgullo que sentía por aquel resultado, golpeando el antebrazo del humano con afecto.

—Lo he hecho, ¿verdad? Ha funcionado —consiguió articular, sin poder creerse lo que había hecho. Con un impulso se dirigió a los dispositivos de registro y comenzó a revisar sus lecturas—. El combustible se ha consumido por completo y no han quedado restos. La contención ha funcionado perfectamente. No hay ninguna variación en el campo magnético, ha sido estable en todo momento. La refrigeración ha aguantado y no ha habido ningún aumento de temperatura peligroso. La producción de energía es correcta. No se detectan errores. El motor es… Funcional.

—Enhorabuena, muchacho. Ha costado un poco, pero lo has hecho. Lo has conseguido. Y yo que creía que estabas loco por querer traerte esta chatarra del desguace.

—Al final ha valido la pena —respondió, sin poder reprimir la alegría que sentía y que trataba de anegar sus ojos en lágrimas. Había conseguido transformar lo que hasta hacía poco no era más que un amasijo de metal inservible en un motor funcional—. Ahora solo faltará encontrar un comprador.

—Ya tengo algunos posibles interesados y creo que no me regatearán mucho el precio. Vamos a poder sacarle un buen pellizco, estoy seguro —informó el mendes, acercándose a los paneles de seguridad y colocando una mano encima mientras sonreía, pensando en todas las posibilidades que aquel equipo les podía ofrecer.

Rappol activó la seguridad del taller y cerró las puertas de la tienda con energía. Tras las pruebas del motor, Akion se había centrado en desmontar los equipos de registro y ordenar aquella parte del taller. Mientras, él había aprovechado para enviar las lecturas que habían obtenido a varios de sus mejores clientes con la esperanza de encontrar un par de pujas en su bandeja de mensajes al día siguiente.

—Toma, Akion. Esto es para ti —indicó el mendes, rebuscando en un bolsillo y tendiéndole una pieza de metal del tamaño de dos centühns que brillaba en tono plateado con la luz del corredor.

—¿Para mí? ¿Por qué? —Preguntó este, desconcertado al ver aquellos mil créditos en la palma de la mano de Rappol y dudando de si debía tomarlo tal como le estaba pidiendo.

—Por tu duro trabajo con el motor. Te lo mereces. Si no hubiera sido por ti, no nos habríamos enfrascado en este proyecto. Has demostrado unos conocimientos y una profesionalidad que muy pocos mecánicos tienen, yo incluido. Así que, aunque cuando lo vendamos iremos a comer a algún sitio en condiciones, ahora quería agradecerte todo lo que has hecho por mí y por el taller.

—Rappol, yo… No sé qué decir.

—¡No digas nada! Solo prepárate, porque habrá que volver a visitar el desguace y buscar otro motor que reparar. ¡Con tu destreza nos haremos ricos! —Exclamó este con alegría mientras le daba unos golpes cariñosos.

—¿Otro motor? ¿No podemos tomarnos un respiro antes? Aún no he podido recuperarme de las pesadillas que me ha dado este y ya quieres que nos pongamos a buscar otra chatarra para reparar. Empiezo a pensar que quieres torturarme —capituló el joven antes de que los dos comenzaran a reír a carcajada batiente y se alejaran del taller, charlando animadamente de la inesperada visita que habían tenido, del magnífico resultado que habían obtenido y de lo importante que podía ser para el taller y para ellos.

3. Malas noticias y ofertas de trabajo

Akion pasó la mano sobre el lector de la puerta y esta se abrió, dejando que el embriagador aroma de la comida le rodeara y le arrastrara al interior. Se quitó la chaqueta de trabajo, la colgó en el poblado perchero del recibidor y atravesó con sigilo el salón en dirección a la cocina, donde su madre estaba preparando la cena.

—¡Ya estoy aquí! —Posó las manos sobre los hombros de la mujer, consiguiendo que esta diera un respingo. Con diversión, el joven le dio un beso en la mejilla—. ¡Qué bien huele!

—¿Cuántas veces te he dicho que no hagas eso? —Bufó Erilda antes de golpear a su hijo, quien había intentado robar un trozo de carne del plato—. ¡Las manos quietas! Nada de comer hasta que estemos todos.

—Eso ha dolido —aulló con burla mientras la veía sonreír—. ¿Dónde está el cumpleañero?

—No lo sé, se está retrasando —Se encogió de hombros y revisó la banda horaria de la cocina—. Hace casi una hora que debería haber llegado. Puede que haya tenido algún contratiempo en el trabajo.

—¿No te ha comentado nada?

—No. Hemos hablado este mediodía y todo iba bien. Seguramente habrán tenido alguna reunión con los del turno siguiente. Si quieres, ve poniendo la mesa y así solo será cuestión de hacer los platos cuando llegue.

—Marchando —respondió, acercándose al mueble del salón y quitando el pequeño jarrón con plantas artificiales que lo decoraba.

La puerta de la entrada se abrió poco después, mientras Akion terminaba de poner los cubiertos. Este levantó la mirada para dar la bienvenida y felicitar al recién llegado cuando vio el cansado y triste rostro de su padre. Kana le miró y, en voz baja, casi imperceptible dijo:

—Hola, hijo.

—¡Por fin estás aquí! ¡Ya creíamos que no querías cenar! —Exclamó Erilda al reconocer el ruido de la puerta— Venga, vamos todos a la mesa antes de que… —La mujer se calló al salir de la cocina y toparse con el funesto rostro de su marido—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Necesito sentarme —respondió, dejando sus enseres de trabajo junto a la entrada y llegando al salón, tomando una silla mientras los otros dos le observaban con atención. Se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un trago.

—¿Todo bien, querido? —Preguntó con preocupación su mujer tras dejar la cena sobre la mesa y sentarse frente a él.

—Hemos perdido el treinta y ocho por ciento de la producción de la granja acuapónica —explicó Kana con solemnidad, negando con la cabeza.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —Interrogó Akion, tomando asiento como el resto y fijando la mirada en su padre, expectante.

—No lo sabemos. Ha sido después de la hora de la comida cuando los científicos han tomado sus lecturas periódicas y todo se ha ido al garete. Han detectado algún tipo de agente bacteriano que se ha filtrado en el agua y ha contaminado toda mi sección. Desde ese momento hemos estado chequeando y retirando todas y cada una de las plantas afectadas. Los peces también se habían contagiado, así que hemos tenido que vaciar, limpiar y desinfectar todos los circuitos de agua y el resto de los sistemas. Hemos podido hacer mucho, pero tendrán que ser los del turno de noche los que terminen. Esperamos que mañana podamos comenzar a llenarlos de nuevo, tomar las primeras especies de los viveros y ponerlos en los tanques. Luego habrá que ir replantando poco a poco lo perdido.

»Aunque esta misma semana esté funcionando de nuevo, la producción de alimentos se ha resentido y será menor de la habitual. Eso significa que el precio de la comida va a subir en todo Uzhar y no dudo de que lo vayamos a notar en más cosas. Además, nos van a reducir el sueldo —continuó Kana con desasosiego, haciendo que un pesado silencio cayera sobre la mesa. Los dos oyentes se quedaron en vilo mientras este tomaba otro trago de agua y trataba de calmarse—. Lo van a reducir a todos los de la sección. Nos descontarán el mismo porcentaje que se ha perdido porque dicen que esto ha sido culpa nuestra. Un error que podíamos haber evitado. Así que hasta que la producción no vuelva a estar al cien por cien vamos a tener los sueldos recortados. Serán unos meses complicados. Algunos, al enterarse, han decidido abandonar y dejarnos aún más con el agua al cuello, pero yo no puedo irme…

Akion miró a su padre con complicidad, pues sabía cómo terminaba aquella frase: "*porque nadie más va a querer dale trabajo a un humano y, aunque sea menos dinero, sigo necesitando esos malditos créditos*". Los insultos de aquella misma tarde retumbaron de nuevo en su mente. Inconscientemente, apretó los puños con fuerza.

—Yo no quería decirlo hoy porque era tu cumpleaños, pero ya que estamos con malas noticias… —Anunció Erilda, llamando la atención de los dos varones, que se habían quedado ensimismados en sus propios pensamientos—. Me han reducido la jornada en el restaurante. Como está viniendo menos clientela al local, Sonnte ha decidido reducirnos la jornada y abaratar costes.

—Todo por cambiar al cocinero —masculló Akion con malestar—. Ya lo hablamos el otro día, no debía haber dejado que Rosses se marchara. Ya se sabe que el cocinero es el alma del restaurante y si este es malo lo acaba destruyendo todo.

—¡Y es malo con ganas! ¡Hasta los habituales están dejando de venir! Anteayer hizo un caldo tan asqueroso que tuvo que tirarlo por completo.

—A ver si ese caldo es el culpable de la contaminación de la granja —soltó Kana con una mezcla de seriedad y humor, mirando a su mujer—. Vas a tener que darme la dirección del nuevo cocinero para que vayamos a hacerle una visita con mi jefe.

Los tres soltaron una fuerte carcajada, dejando que su alegría resonara en todo el salón, alejando aquel momento de pesadumbre. Cuando esta se disipó, Akion pudo ver a sus padres darse la mano con gesto cariñoso y dejar que el silencio se apoderara de todo a su alrededor mientras ellos, simplemente, se miraban y se sonreían uno al otro. Finalmente, tras un largo minuto, Kana la consoló con unas simples palabras.

—Saldremos de esta, como siempre.

—Sí… —respondió Erilda, llevándose una mano al rostro para escurrirse una lágrima que trataba de descender por su mejilla—. Como siempre.

Una sensación agridulce invadió al joven. Toda su vida había visto a sus padres luchar de aquella manera ante los problemas y las injusticias que sufrían. Siempre ponían buena cara y trataban de sonreír, de hacer bromas y buscar el lado bueno de la vida. Daba igual lo que fuera, seguían adelante y no permitían que les vencieran. A pesar de eso cada vez podía ver más claramente cómo aquellas cosas hacían mella y su antigua vitalidad poco a poco se iba apagando. Y, para su desgracia, era incapaz de hacer nada para ayudarles y recuperar ese pasado que tanto echaba de menos.

—Bueno, ya está bien de malas noticias —dijo Kana, dando un ligero golpe en la mesa para romper la ensoñación de todos y cambiar el pesado ambiente que se había adueñado de los presentes—. Hoy toca celebrar mi cumpleaños. Así que hay que celebrar que me he vuelto un poco más sabio. No podemos desaprovechar esta rica cena que ha preparado tu madre, ¿verdad, Akion?

—Verdad. Aunque creo que es más viejo. Lo de sabio…

—¡Oye! —Exclamó, levantando la vista del plato que comenzaba a llenar y mirando al joven—. Un respeto, que soy tu padre.

—Dejaos de peleas en la mesa y poneos también un poco de salsa —indicó ella, tendiéndole el bol a su marido para que se sirviera—. ¿Cómo está yendo todo, Akion?

—Sin mucha novedad, el trabajo en el Hangar Tres…

—Eso no es lo que está preguntando tu madre —interrumpió Kana, mirando a su mujer con sonrisa pícara—. Lo que ella quiere saber es cómo va el tema de las jovencitas.

—¡Papá!

—¿Qué? ¿A qué sí, cariño? —Preguntó con premura, viendo la sonrisa de complicidad en los labios de su esposa—. ¡Ves! Lo dicho, ¿cómo está ese tema, muchacho?

—¿Tú crees que si tuviera una chica estaría aquí, cenando con vosotros?

—¡Vaya! Eso sí que ha sido un golpe bajo. ¿Dónde has aprendido a responder así?

—Se lo enseñaste tú, querido.

—Pero no creía que fuera a usarlo contra mí. He creado un monstruo —anunció Kana con teatralidad y consiguiendo que todos rieran, alejando los problemas y permitiéndoles disfrutar de la velada y de la deliciosa comida.

La puerta se abrió con un susurro y Akion salió al pasillo mientras se ponía la chaqueta. Erilda se quedó en el umbral, observando los pesados movimientos de su hijo tras aquella copiosa comida; sonriendo con cierto orgullo culinario por haberlo conseguido.

—Gracias por venir hoy.

—Todo estaba muy rico, mamá. Como siempre. —El joven dudó por un momento pero, finalmente, metió la mano en el bolsillo de su pantalón—. Toma, esto es para vosotros. Hoy he tenido un buen día en el trabajo. Me han dado una buena propina en el Hangar y Rappol me ha dado una bonificación por un trabajo que he hecho. Seguro que os puede…

—No, no quiero que me lo des. Es tuyo —dijo ella, interrumpiéndolo al ver las dos piezas de metal en su mano.

—Pero lo necesitáis más que yo. Con vuestros trabajos y los préstamos.

—No, no lo necesitamos. Nos apañaremos con lo que tenemos. Guárdatelo, anda. —Akion obedeció y cerró la mano con tristeza, buscando los motivos de aquella respuesta en el rostro de su madre. Ella le abrazó con ternura—. No pasa nada, tranquilo, no te preocupes por nosotros.

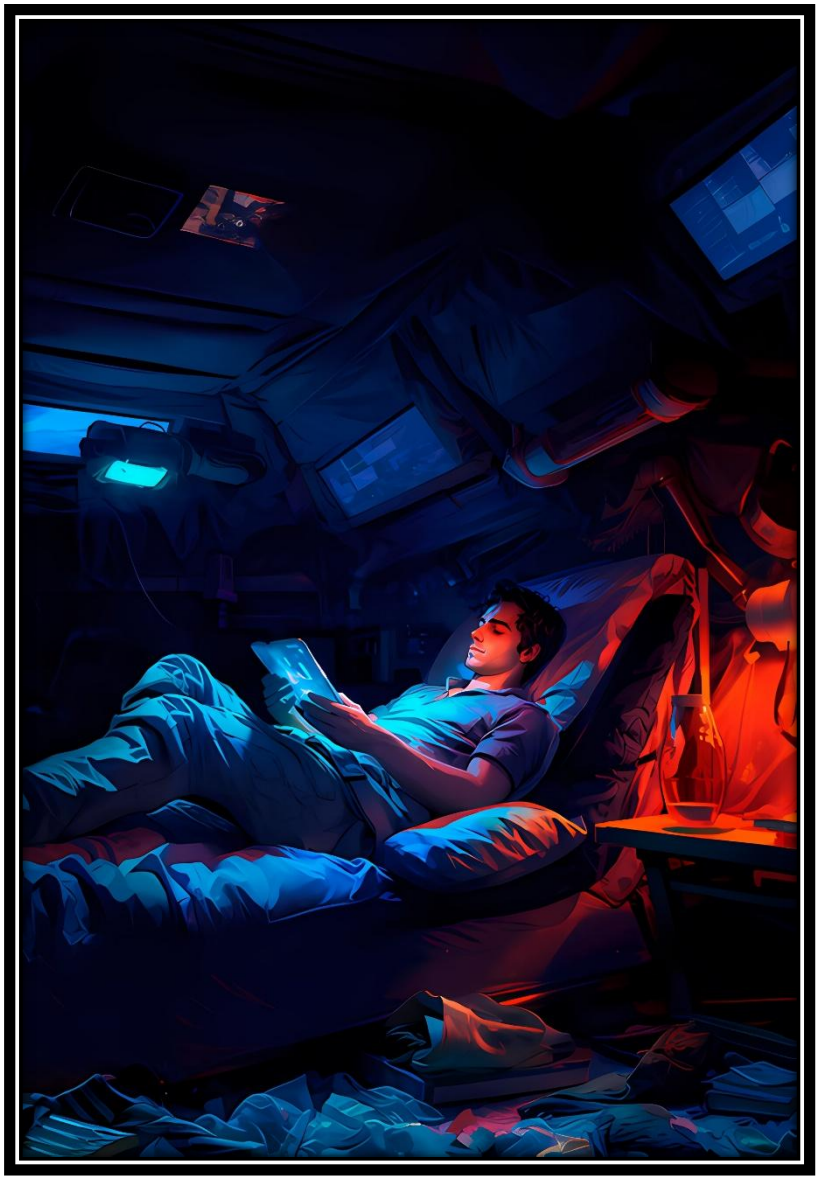
—De acuerdo, no lo haré —mintió él al tiempo que deslizaba con suma delicadeza aquellos créditos en el bolsillo de su madre.

Los dos se separaron y Akion dudó por un momento si se había dado cuenta de aquella estratagema, pero no vio ningún indicio. Así que sonrió y se despidió, poniendo rumbo a la terminal desde donde tomar un ascensor para llegar a su cubierta, cinco niveles por debajo. "*Seguramente me dirá algo cuando los encuentre en su pantalón, pero ahora ya no puede hacer nada más que usarlos. Aunque solo les servirán para cubrir los gastos de este mes, puede que también los del siguiente, pero nada más*" calculó el joven, adentrándose en la terminal para tomar su transporte. "*Ojalá pudiera darles más, pero voy muy justo. La verdad es que el bono de Rappol me habría ido muy bien; y mañana por la tarde me tocará explicarle a Poddoc lo que ha pasado con nuestra propina. Me va a matar*". El joven suspiró con pesadez mientras entraba en el ascensor un instante antes de que este se pusiera en marcha y dejaba que las palabras de su compañero invadieran su mente. "*Da igual lo que diga, no tendré un crecimiento en esta empresa, soy una bestia de carga y llevo siete años siéndolo. Lo único a lo que puedo aspirar es a conseguir alguna propina al chantajear a los comerciantes que intentan hacer contrabando. Pero nada más".*

Una ligera melodía resonó en el interior del ascensor indicándole que acababa de llegar a su destino. *"Y ya no hablemos de lo de Rappol. Aunque esté trabajando muy duro, cuando se retire no me dará el negocio, o yo no podré tomarlo. ¿Quién llevará su nave a un taller regentado por un humano? Basta ver lo que ha pasado esta tarde*". Las imágenes de aquel mendes insultándole inundaron de nuevo sus pensamientos. El joven apretó los dientes al tiempo que una fuerte presión volvía a oprimirle el pecho. "*Es cierto que no todos son así, pero mientras sigan pensando eso de nosotros no tendremos un futuro muy esperanzador*" se dijo mientras atravesaba la terminal hasta la plaza principal. Eran muchos los negocios que ya habían cerrado y pocos los viandantes que, como él, seguían moviéndose por aquellos corredores a esas horas.

"*Somos unos desgraciados. Y lo único que podemos hacer es tratar de sobrevivir en esta mierda de universo*" concluyó al tiempo que abría la puerta de su casa y encendía la luz, topándose con el caos de prendas que decoraban gran parte del mobiliario. Akion se quitó la chaqueta, colgándola en su sitio y, a continuación, fue desvistiéndose a medida que avanzaba hacia el baño, dejando la ropa sobre la silla que, por un momento, pareció a punto de desmoronarse por el peso que sostenía.

El agua caliente cayó sobre su espalda y recorrió sus agarrotados músculos mientras todos aquellos pensamientos seguían burbujeando sin control en su interior. No llevaba mucho tiempo cuando esta se acabó y la pantalla de control indicó que había usado el máximo estipulado por la estación Uzhar. Akion golpeó con fuerza aquel panel, haciendo que las palabras se distorsionaran por un momento. Maldiciendo por lo bajo, salió de la ducha y se secó con una toalla que había vivido tiempos mejores. Tras ponerse las gastadas prendas que usaba para dormir, se tumbó en la cama y cogió su tableta digital, desbloqueándola con un simple movimiento y entrando en el menú principal. "*No estoy muy cansado, pero tampoco me apetece ver nada. Creo que revisaré las ofertas a ver si han colgado alguna cosa interesante*" se dijo al tiempo que abría el navegador y se dirigía hacia una de las páginas que tenía guardadas de compra y venta de naves. Con un par de comandos y filtros comprobó que habían subido algunas novedades y se puso a inspeccionarlas.



Aquel era su pequeño pasatiempo, estudiaba los anuncios y las naves que se ofertaban, comprobando si todo era correcto o había algún dato erróneo, así como el diseño y sus características. Pero no solo eso. Con cada anuncio que revisaba aparecía aquel breve instante en el que él ya no era Akion, un simple humano que trabajaba como mecánico y cargador de alinum, si no un humano capaz de pagar esos precios, de reformar a su gusto la nave y abandonar Uzhar de una vez por todas hacia un nuevo destino, hacia un futuro diferente.

Fue tras revisar todos aquellos nuevos vehículos que continuó su rutina revisando la sección de trabajos dentro de aquella misma página. Ahí podía encontrar ofertas de todo tipo relacionadas con el sector aeroespacial: desde técnicos o mecánicos para estaciones espaciales o espaciopuertos hasta tripulantes para cruceros o naves de recreo, pasando por ingenieros para los astilleros, comerciales especializados y un sinfín de contratos de transporte.

Como siempre, aplicó los filtros de búsqueda para el sistema estelar Oshin, donde se encontraba, y dejó que la página se llenara con todas aquellas ofertas que ya conocía tan bien: ofertas en las que pedían algún tipo de súper ser con más años de experiencia que de vida, donde las aptitudes y los conocimientos no eran más que una lista interminable que nadie era capaz de cumplir y donde un perfil como el suyo no tenía posibilidad alguna. Eran muchas en las que había aplicado y eran extremadamente pocas las empresas que se habían dignado a responderle. Todas ellas indicándole que no encajaba con lo que estaban buscando en aquellos momentos y, aunque la mayoría de las respuestas eran similares, en algunas podía notar que el punto determinante para descartarlo había sido por ser humano. Fue mientras recorría sin mucho énfasis las ofertas publicadas en aquellos últimos días cuando se topó con una que le hizo detenerse: ‹*Piloto de pruebas para la Universidad de Mendran*›. Con cierta curiosidad, entró en ella y leyó con atención:

‹*La Universidad de Mendran busca un piloto de pruebas para una nave experimental creada por la Facultad de Ingeniería Aeroespacial. Su tarea será la de verificar, junto al equipo de ingenieros y de control, la viabilidad del prototipo mediante las siguientes operaciones:*

- Prueba de despegue y aterrizaje vertical.

- Control de estabilidad y funcionamiento del motor.

- Test de vuelo en el planeta, revisión de empuje, velocidad y rendimiento.

- Test en el espacio, revisión de empuje, velocidad y rendimiento.

- Pruebas de salto y eficiencia de viajes hiperespaciales.

La duración del trabajo será de seis días.

La remuneración será de 5.000 créditos. Alojamiento, dietas y transporte a cargo de la Universidad de Mendran.›

—¿¡Cinco mil créditos por seis días de trabajo!?¡Qué locura! —Exclamó Akion, releyendo aquella parte para comprobar que no se había equivocado—. Son más de cuatro meses de trabajo como cargador de alinum. Seguro que habrá mucha gente que habrá aplicado. Aunque también parece algo peligroso —continuó él, leyendo las habilidades, conocimientos y aptitudes que solicitaban, comprobando que se nombraran algunas

como: mente fría, trabajo bajo presión, capacidades analíticas, conocimientos mecánicos y teoría del salto—. ¡Bah! Da igual. No creo que esto sea para mí. ¿Yo? ¿Piloto de pruebas? Si por poco no estrellé la nave que me dejó sacar Rappol del hangar para hacer las pruebas de sensores —argumentó, tratando de convencerse de aquello—. Será mejor dejarlo e irme a dormir ya.

Akion cerró la tableta digital y la colocó sobre la mesilla de noche, comprobó que la alarma estaba conectada y apagó la luz, cerrando los ojos y dejando su mente vagar libre mientras esperaba que el sueño se apoderara de él. Fue en ese momento que se visualizó aceptando aquella oferta de trabajo y convirtiéndose en piloto de pruebas, surcando los cielos y consiguiendo unos magníficos resultados; volviendo a casa con esos créditos y pudiendo ayudar a su familia en esos momentos tan complicados. Fue con ese último pensamiento que se durmió.

Akion se sentó con pesadez en la silla gravitatoria y esta descendió ligeramente para adaptarse a la altura y peso del humano. La taberna se estaba llenando con rapidez con todos los que habían decidido tomar algo antes de volver a sus casas después de un duro día de trabajo. A pesar del estruendo provocado por aquella colección de seres se podía distinguir un débil hilo musical resonar en los altavoces para tratar de amenizar la tarde mientras en las diferentes pantallas, repartidas a lo largo de todo el local, se mostraban algunos canales de noticias y deportes.

El joven observó la pantalla más cercana a su mesa en la que se estaba mostrando la imagen de un lulnien. Aunque no podía oír lo que decía aquel reportero, pudo leer en el rótulo que se cumplían cinco años desde la publicación de la orden de búsqueda y captura de Grundry Glädlet, uno de los criminales más buscados de todos los tiempos. La cabeza ovalada y el rostro completamente plano; sin pómulos o puente nasal que definieran sus facciones, junto con su boca, apenas una hendidura visible en su tez azulada, lo convertía en una figura inolvidable. Aquel ser era una de las mayores eminencias de la robótica de toda la galaxia. Según indicaban los medios, había publicado un tratado llamado “Los nexos artificiales del aprendizaje” en el que había estado estudiando tecnologías prohibidas pertenecientes a la Época Oscura y, por tanto, incumplido las leyes gubernamentales de la robótica y de la inteligencia artificial; poniendo en peligro a toda Theia. Y, aunque durante aquellos últimos años los Guardianes del orden de la Galaxia habían destinado muchos recursos para dar con él, aún no le habían atrapado.

—Ni lo atraparéis —comentó el joven, respondiendo inconscientemente a la pantalla.

—¿Cómo dices? —Preguntó Rappol, acercándose a la mesa con dos cervezas y colocando una de ellas frente al humano.

—No, nada. Me refería a lo de la noticia de ese lulnien. —Señalando al televisor y haciendo que el mendes también lo mirara mientras tomaba asiento—. Si en cinco años no lo han atrapado, ya no lo harán.

—Sí que ha pasado rápido el tiempo. Recuerdo que en ese momento ponían su cara a todas horas y en todos los canales —comentó antes de dar un trago a su cerveza—. O ese

tal Grundry está muerto o estará escondido en algún agujero quién sabe dónde, sabiendo que si intenta asomar la cabeza se la volarán.

—Por eso mismo dudo que, si sigue vivo, lo atrapen —comentó Akion, viendo cómo la noticia de aquel lulnien acababa y ahora el noticiario se hacía eco de los últimos movimientos políticos dentro de Glahän, sede del Gobierno Galáctico—. ¿Había pasado algo así antes?

—¿A qué te refieres? ¿A la difusión y a la movilización por parte de los Guardianes del orden de la Galaxia para atrapar a este criminal? —Preguntó el mendes, comprobando como el humano asentía—. No que yo recuerde. Ni siquiera con los grupos radicales más sangrientos o con los piratas más importantes se había hecho una campaña tan grande. No hay duda de que la lió bien gorda. Aunque es normal si estaba desobedeciendo las leyes de la robótica o jugaba con alguna cosa de la Época Oscura.

—No lo entiendo. ¿Por qué tanta importancia a algo que ocurrió hace más de siete mil años?

—Porque aquella guerra casi acabó con toda la vida de nuestra galaxia. Se perdieron civilizaciones enteras y las que consiguieron sobrevivir aún siguen temerosas de los fantasmas del pasado. Los fundadores del Gobierno Galáctico consiguieron vencer sacrificando planetas enteros. Por eso mismo han establecido leyes tan restrictivas en esa materia. Tienen miedo de que algo así pueda volver a suceder.

—Si no recuerdo mal los libros de historia del colegio, a vosotros no os afectó el conflicto.

—No, a nosotros no nos llegó la guerra. Nuestra posición dentro de Theia, alejados del núcleo galáctico, nos permitió evitar que esos robots dieran con nosotros y nos aniquilaran. Estábamos dando los primeros pasos en nuestra carrera espacial, así que no habríamos sido capaces de defendernos, tal y como pasó con otras muchas civilizaciones que estaban desarrollándose en aquella época.

—La verdad que no sé mucho de la nuestra. Pero creo que por esa época empezaban a surgir las primeras civilizaciones humanas.

—Es que aún sois una raza joven comparada con el resto de los integrantes del Gobierno Galáctico. Si cuando os encontraron aún no habíais desarrollado un motor de salto propio. Os movíais por el espacio a velocidad subluz.

—Y por eso mismo muchos nos odian —replicó Akion con tristeza antes de dar un sorbo de su cerveza y tratar de hacer desaparecer el regusto amargo que sentía al tener que pensar en aquello.

—Tienes que entender que os saltasteis las reglas. No fue vuestra culpa, es verdad, pero fue así. Cualquier raza debe cumplir unos requisitos y realizar unas pruebas muy exhaustivas que les pueden llevar cientos de años completarlas antes siquiera de poder contactar con el Gobierno Galáctico. Y ya no hablemos de pertenecer a él. Pero vosotros aparecisteis como refugiados y os repartieron entre todas las razas, ofreciéndoos parte de nuestros conocimientos y pudiendo utilizar unas tecnologías que aún no deberíais conocer.

»Hay unas reglas acerca de la aparición de nuestras civilizaciones o tecnologías frente a razas más primitivas a la hora de explorar el cosmos, pero hasta vosotros no se había pensado en la posibilidad de que apareciera una flota de naves vagando por el espacio.

Ya fue después de vuestra aparición que se instauraron nuevas leyes y protocolos para cualquier posible nuevo contacto como el que tuvisteis.

—Hemos sido los primeros y por eso pagamos las consecuencias, encerrados en estaciones espaciales sin tener un futuro muy esperanzador por delante.

—Ya veo que nos habéis esperado —gruñó una voz junto a ellos, interrumpiendo la conversación y haciendo que aquellos dos se volvieran para ver a Poddoc, que acababa de llegar. Tras él había varios miembros más del Hangar Tres que ahora se dirigían hacia la barra para pedir sus bebidas.

—Habéis llegado tarde. Y aquí, el que no corre, vuela. ¿Os pesaba el trasero? —Preguntó Rappol con una sonrisa antes de dar un nuevo trago a su cerveza con recochineo.

—Estos, que son unos lentos. Cómo odio los turnos en los que no me juntan con el humano. Puede que esté obsesionado con las naves, pero trabaja duro, no como otros —indicó el mendes, señalando con el pulgar a los operarios que ahora volvían hacia la mesa cargados con una ronda—. Sin contar que gracias a él nos llevamos alguna que otra cerveza gratis. ¿Verdad, humano?

—Esto, Poddoc, sobre eso…

Akion abrió la puerta y entró dando tumbos al tiempo que deslizaba su mano por la pared para activar las luces. Tuvo que intentarlo tres veces más para conseguir acertar el interruptor. La iluminación cobró vida y consiguió arrancar un gruñido por parte del joven, que se arrastró cómo pudo hasta la cama, sentándose al borde mientras trataba de levantar un pie y quitarse las botas de seguridad. Al segundo intento consiguió agarrarla y, con un fuerte tirón, se la quitó. La otra fue más fácil, dejándola caer al suelo con un fuerte estrépito que sobresaltó al humano.

—Shhh, no hagas ruido —se dijo con dificultad pues la lengua se le pegaba al paladar.

Había bebido demasiado. Tras haber explicado qué había sucedido con la propina que les habían dado el día anterior había tenido que pagarle a Poddoc una buena serie de rondas en las que él mismo había participado, acabando ambos borrachos. Akion trató de quitarse la camiseta que vestía y, tras comprobar que aquello estaba siendo una mala idea, decidido dejársela puesta. Se tumbó con una pierna fuera de la cama, apoyada en el suelo para tratar de detener la habitación, que no paraba de dar vueltas. Centró su mirada en la banda horaria de la pared para calmar el mareo y comprobó que eran las dos de la mañana. "*Menos mal que no tengo turno de mañana*" agradeció antes de distinguir la tableta digital sobre la mesa "*Un poco de toqueteo no me iría mal*" pensó sin poder reprimir el deseo lujurioso que ahora le dominaba, fruto de aquel estado etílico. Con un movimiento lento pero seguro, agarró el dispositivo y lo encendió. La pantalla se iluminó y apareció la oferta de trabajo que había visto la noche anterior. "*Claro, no la cerré después de verla*" se dijo, echándole un nuevo vistazo y revisando la duración y la remuneración. "*Si me pidiera un par de días de vacaciones podría hacerlo. No soy un gran piloto, pero creo que podría hacer las pruebas que piden sin mucho problema. Se parecen a las que hemos hecho alguna vez con Rappol. Y estoy seguro de que aunque sea un prototipo habrá*

pasado un montón de pruebas de seguridad. Si no, no dejarían que nadie la pilotase. Con el dinero podría ayudar a mis padres mientras se recuperan" argumentó, intentado convencerse y tratando de visualizarse haciendo aquel trabajo para así decidir si debía aplicar o no.

—Da igual lo que haga. Seguro que tienen un montón de pilotos experimentados haciendo cola. —Se justificó en voz alta, yendo a cerrar la página. De pronto algo le detuvo. No sabía si había sido su subconsciente o el alcohol que recorría su cuerpo, pero una sensación de venganza creció en su interior, diciéndole que no podía dejarlo así—. ¡Que les den! Que pierdan el tiempo leyendo mi currículum. —Akion tocó el botón para aplicar en la oferta y, tras aceptar las condiciones de la página, una notificación le indicó que el proceso se había realizado correctamente—. ¡Ya está! A ver si tienen huevos a responderme.

El joven cerró la ventana en su navegador y notó cómo el alcohol volvía a subirle, haciendo que se mareara de nuevo. Con un suspiro de agotamiento y decepción decidió apagar la tableta digital y colocarla de nuevo sobre la mesa. "*Esto me ha quitado las ganas*" pensó al tiempo que apagaba la luz y se tumbaba, dejando que el sueño se apoderara poco a poco de él.

Si quieres conocer más sobre Akion Tiles; de cómo vive en la estación y de qué sucede con su candidatura para ser piloto de pruebas, tienes el resto de la historia disponible con un solo clic.

Pincha en la imagen.

